

## NOTAS SOBRE LA EPISTEMOLOGIA ANALITICA DE LA HISTORIA

La afirmación de que vivimos en un momento de inmensa trascendencia histórica, en una encrucijada clave de la civilización y la cultura, ha llegado a convertirse en un acerto que conscientemente o no repetimos o leemos casi a diario. No son tan solo los técnicos del conocimiento del pasado los encargados de recordárnoslo. Tal parece ser la impronta y la clave de nuestra sociedad. La existencia de una efectiva historicidad bien puede servir para definir nuestra situación en el mundo. Las más encontradas posiciones filosóficas parecen estar de acuerdo en compartir la vigencia de este concepto y en muchos casos su formulación: el hombre es no sólo el producto de su propia actividad, de su membrecía social, sino que es, con mucho resultante de largos y complejos procesos de gestación y desenvolvimiento dados históricamente.

Pero si en términos generales pueden aceptarse las anteriores afirmaciones, no sucede cosa igual respecto a esa discutida rama de la filosofía que suele conocerse tradicional e históricamente como *Filosofía de la historia*. La cual, tanto si se tiene en cuenta su desarrollo como el énfasis que se otorgue a una cierta problemática, no se la puede continuar considerando como una sola. Debe acogerse la ya un tanto vieja distinción entre filosofía crítica y especulativa de la historia. Desde hace más de veinticinco años W. H. Walsh indicó claramente el deslinde que debe hacerse entre una y otra <sup>1</sup>, el que bien puede ser producto de la tantas veces recordada doble significación de la palabra historia: una como realidad y otra como la mención o ciencia construida sobre esa realidad. La primera busca ser una reflexión sobre los procesos del pensamiento historiográfico, un examen de los conceptos básicos empleados

---

<sup>1</sup> Cf. W. H. Walsh: *Introducción a la filosofía de la historia*. Siglo XXI, México, 1965, pp. 4 ss. (La edición original es de 1951).

por los investigadores del pasado. En tanto que la especulativa, la más tradicional, la más pretendidamente "filosófica", es decir, metafísica, busca encontrar en la historia realmente vivida un significado o un sentido que va más allá de la comprensión que normalmente quieren proporcionar los historiadores o que anhelamos encontrar en sus obras.

Producto de la actividad reflexiva actual es el desprestigio en que ha caído la llamada filosofía especulativa; es decir, aquella vieja pretensión de la filosofía de poder construir y reconstruir el mundo partiendo de sí misma, pretendiendo permanecer dentro de los amplísimos límites del *a priori* y los muy libres espacios del *deber ser*. La vieja tónica de la filosofía: todo le es permitido al pensar solitario y ensimismado, al elucubrar socialmente irresponsable y filosóficamente coherente si, y sólo si, logra mostrar implicaciones lógicas internas y forma de sistema, parece estar dejando cada vez más lugar a una radical renovación, a un substantivo cambio que está tiñendo todo el ámbito filosófico profesional contemporáneo. El que puede resumirse en los siguientes conceptos de Wittgenstein, uno de los grandes responsables de la presente situación: "Debemos prescindir de toda *explicación*, y ésta sólo debe ser reemplazada por la descripción (. . .) ¿De dónde se deriva su importancia en nuestra investigación, puesto que sólo parece destruir todo lo que tenga de interés o sea todo lo grande e importante? (. . .) Lo que destruimos no es otra cosa que castillos de naipes y limpiamos el terreno del lenguaje sobre el que estaban asentados"<sup>2</sup>.

Es comprensible que esta actitud de duda y escepticismo haya permeado muy profundamente los estudios de filosofía de la historia y haya hecho que se le niegue la importancia que tradicionalmente se les otorgaba. Pero el descrédito y la irrelevancia no provienen tan solo de las fuertes críticas generales emanadas del llamado positivismo lógico, que deben ser consideradas con suma atención, sino que se han originado en lo que pudiera llamarse una "crítica interna", un proceso de autoanálisis que principia a desarrollarse en el período comprendido entre las dos primeras guerras mundiales cuando, como es comprensible, se ponen en duda viejos principios de interpretación histórica. Cuando por directa influencia de procesos históricos desaparecen ciertas pretendidas leyes del desenvolvimiento social en el pasado, como bien puede ser la del progreso hacia una racionalización cada vez más firme, o la de la existencia de claras y positivas metas hacia las que firmemente tendieran los procesos históricos.

Es cuando se principia a sospechar de la validez de esas concepciones generales y totalizantes de la historia de la humanidad que pretenden discernir la existencia de un plan divino o de una rígida

---

<sup>2</sup> L. Wittgenstein: *Philosophical Investigations*. Blackwell, Oxford, 1953, p. 48.

transformación natural. Es cuando principia a denunciarse la existencia de una "metahistoria", de una interpretación que partiendo de lo históricamente conocido pretende ir mucho más lejos y, por ello, cae dentro de las limitaciones y los vicios de la especulación filosófica general. Una metahistoria, en suma, que no puede ser otra cosa que un fallido intento o bien de superar limitaciones actuales o pretensiones de adivinar un próspero aunque lejano futuro. Claro ejemplo de esta actitud y de sus secuelas no es sólo la *Decadencia de Occidente* sino el *Estudio de la Historia* y, como producto indirecto y tangencial, *La Sociedad Abierta y sus enemigos*.

El problema fundamental de esta forma de pensar la historia puede reducirse a un preguntar la posible existencia de un significado de la historia, entendida en su acepción de suma y proyección de acontecimientos. Esta pregunta de los sistemas especulativos de la historia puede descomponerse en varias otras complementarias que muestran las limitaciones básicas de esta actitud. La primera de ellas se formula de la manera siguiente: ¿Cuál es el modelo que manifiesta el pasado en su desenvolvimiento?; es entonces cuando se mantienen las llamadas teorías lineales, cíclicas o caóticas, progresivas o regresivas. Pero estas respuestas teóricas no son, en modo alguno, del tipo que comúnmente pueda llamarse filosófico. Pertenecen casi en forma exclusiva al esquema de una supuesta investigación historiográfica. Del mantenimiento de un determinado modelo del devenir suele pasarse a tratar de encontrar cuál es el mecanismo de la historia, cuál o cuáles son las "leyes" que manifiestan los hechos en el pasado; es la búsqueda de los principios que hacen factible la existencia de un determinado modelo. Es cuando aparecen las fórmulas de "desafío y respuesta" de un Toynbee, de "destino" de un Spengler o con la de "pecado original" del teólogo de la historia Niebuhr.

Pero la búsqueda de un mecanismo en el proceso histórico, en el pasado de una sociedad concreta, es tema que atañe más a las ciencias sociales que a la filosofía, ya que tiene la pretensión de basarse en principios empíricos del devenir de las sociedades. Finalmente, se suele pasar a un nivel de mayor trascendencia, a uno de mayor especulación. Surge entonces la inevitable pregunta sobre el propósito, el valor o la justificación que puede asignarse a un proceso determinado, que configura un modelo concreto del pasado, por medio de un mecanismo específico. Pregunta esta que se escapa no sólo al campo de la historia, de la sociología y de la filosofía de la historia, ya que se mueve en el limbo de una actitud meramente religiosa, por más contenido metafísico o moral con los que se la quiera embozar aquel contenido.

La bancarrota de la filosofía especulativa de la historia, tanto la clásica, la que forma parte de los grandes y pequeños sistemas de

interpretación del mundo, como la actual, que pretende totalizar aisladamente el pasado, no es sólo un fenómeno más dentro del contexto de renovación de las disciplinas filosóficas, sino que tiene otra causa, se encuentra motivada por otro tipo de depuración y crítica que se ha venido desarrollando dentro del seno de la propia historiografía. Como lo muestran connotados historiadores contemporáneos, puede significar el paso de una historiografía intuitiva y recopiladora hacia una más plenamente científica, no sólo en su aspecto metodológico e instrumental, ya bastante depurado, sino en un delimitar los problemas que le son propios así como las teorías que deben servir de referencia y punto de partida. Ya es hora de abandonar lo que gráficamente denominara Collingwood historiografía de "tijeras y engrudo", esa manifestación entretenida de la literatura, para enfrentarse a una disciplina rigurosa y sistemáticamente elaborada. Parece que la historiografía está en el momento de seguir el consejo que hace ya muchos años diera Lucien Febvre a sus alumnos: "Ustedes recojan los hechos. Para eso van a los archivos (...) Ahí no hay más que agacharse para recolectarlos. ¡Ah! ustedes los limpian bien. Los colocan sobre el escritorio. Y hacen lo que hacen los niños cuando juegan con un rompecabezas y tratan de reconstruir la figura que se les ha embrollado (...) el juego se ha acabado. La historia está hecha. ¿Qué más desean? Nada, salvo saber por qué. ¿Por qué se hace historia? ¿Y qué es, pues, la historia?"<sup>3</sup>.

Se nota otro cambio de rumbo en la teoría historiográfica, que en cierta manera se encuentra en la cita anterior, y que es una nueva manifestación de su afán por hacerse ciencia, por convertirse en una disciplina que logre producir una visión del todo, que toque las estructuras y abandone lo individual, un dejar que los conjuntos hagan hablar a los hechos y no que éstos lo hagan por sí mismos. Metas y conceptos que no son completamente nuevos, que aparecen claramente expresados en una de las últimas obras del gran defensor del positivismo en la historia: von Ranke. "Hay que decir también, —como con suma claridad se expresaba en sus últimos años—, que yerran los historiadores que sólo ven en la historia una inmensa amalgama de hechos retenidos en la memoria (...) A mí me parece que la historia, en el sentido perfecto de la palabra, puede y debe remontarse por caminos propios de la investigación y el examen de lo concreto hasta una concepción general de lo acaecido, hasta el conocimiento de su trabazón objetiva"<sup>4</sup>. Ideario al que muchos historiadores actuales se suscribirían sin reservas y que sirven para condensar lo más fundamental de la búsqueda de transformación del conocimiento historiográfico.

<sup>3</sup> L. Febvre: *Combats pour l'histoire*. Armand Colin, Paris, 1953, p. 117.

<sup>4</sup> L. von Ranke: *Pueblos y estados en la historia moderna*, p. 1518. Cit. por J. A. Maravall: *Teoría del saber histórico*, Revista de Occidente, Madrid, 1967, p. 83.

Puede señalarse una tercera fuente del desprestigio que ha venido sufriendo la filosofía de la historia, que toca tanto a la propia filosofía como a la historiografía. Crítica que proviene de la idea hoy tan expandida de que los conceptos metafísicos y los argumentos contruidos sobre ellos, no son ni pueden ser descripciones, análisis o teorías que versen sobre manifestaciones reales de los rasgos distintivos de los hechos, de los sucesos, tal como sucede en las teorías, análisis y descripciones comúnmente llamadas científicas. En el mejor de los casos no pueden ser otra cosa que expresiones de actitudes frente a las cuales no es posible ninguna argumentación lógica.

El mantenimiento de determinados conceptos metafísicos no depende de la estructura interna del hecho que se ha de explicar, ni radica en una necesidad lógica sino en ciertas motivaciones exteriores propias del análisis o de las que es vocero y sobre las cuales no puede ejercer el menor control. Se asegura que las pretendidas leyes de la historia no son otra cosa que un trasplante de conceptos filosóficos, en el sentido limitado de metafísica, al campo de las experiencias reales ya vividas. Lo que viciaría desde su mismo origen los resultados del conocimiento histórico así como su pretendida objetividad, a más de imposibilitar cualquier planteamiento gnoseológico o puramente lógico ante la historiografía y sus modos de expresión.

Ante este tipo de argumentación cada vez más frecuente y eco del extraordinario auge que en los últimos años muestran las ciencias llamadas exactas y de su impacto en la teoría del conocimiento, debe recordarse que es bien fácil moverse en este campo de la crítica dentro de lo que puede llamarse la *falacia científicista*. Actitud no científica que adolece de una elemental falta de objetividad, ya que no es otra cosa que el trasplante mecánico e inconsciente de ciertos hábitos de pensamiento y métodos de manejo de la realidad propios de un determinado dominio del conocimiento hacia áreas bien diferentes donde, para poder ser aplicados, deben requerir al menos de una reelaboración y adecuación.

Hay que destacar la tendencia, difundida dentro de la propia historiografía y mantenida fuera de ella desde las épocas de Comte, de afirmar la existencia de una obligada comparación entre ciencia natural e historiografía, siendo la primera el único tipo de conocimiento que podría explicar lo que sea o pueda ser la segunda. Pero la ciencia natural que se ha venido exhibiendo como paradigma y patrón de referencia es la ciencia natural clásica de corte newtoniano. Para nadie es hoy motivo de extrañeza el destacar los cambios radicales que han alterado la imagen de la ciencia natural. Ya no es posible continuar señalando como ejemplares los principios lógicos y las pautas metodológicas de una ciencia tradicional ya superada y en crisis. Hacerlo im-

plicaría moverse dentro de una confrontación con términos falsos que llevaría a suponer limitaciones y plantear exigencias en el conocimiento historiográfico que ya no se plantean en el científico. Debe tenerse presente que tanto la lógica como la epistemología que en la actualidad se desarrollan y son más aceptadas se limitan a proporcionarnos una conciencia en absoluto inmediata de procedimientos argumentativos, pruebas y contrapruebas ya francamente impuestos en la ciencia más adelantada. Tan solo se analiza y aclara en todas sus posibles implicaciones el modo de razonar empleado por los científicos en los momentos más fructíferos y asentados de su quehacer. No, la lógica no inventa nada. Estudia "el modo de razonar al cual *deben* recurrir los científicos si quieren elaborar sus teorías en forma adecuada a las exigencias de rigor y de generalidades dimanantes del desarrollo más reciente de la investigación científica"<sup>5</sup>. La función de la lógica, tanto como la de la teoría y filosofía de la ciencia, no es normativa sino *dilucidadora*. En el caso que nos ocupa debe buscar no una nueva manera de hacer historiografía sino analizar las condiciones de conocimiento en el que se ha alcanzado la efectiva realización de la práctica historiográfica a la luz del pensar lógico-científico actual y de las posibilidades que abre la nueva concepción y comprensión científica.

Los argumentos anteriormente aducidos y la presencia de un innegable estado crítico parecen indicar con claridad la inminente necesidad no sólo de una valoración profunda de la filosofía de la historia sino de una substancial transformación y no tan solo en sus temas sino en sus métodos de análisis. Urgencias que provienen nuevamente, como es obvio, de dos vertientes concomitantes: una historiográfica y otra filosófica.

Desde el punto de vista historiográfico esta renovación parece ser indispensable y apremiante. Apremio que se hace más claramente patente entre los cultivadores de las nuevas formas de la investigación, en la obra de quienes pretenden romper los estrechos márgenes de la narración tradicional y buscan una más amplia visión, una más definida explicación. Así, por ejemplo, se queja Fernand Braudel del estado de orfandad en que se encuentra la historiografía ante la filosofía. Para el autor del *Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la Época de Felipe II*, la filosofía se ha quedado atrás, pero muy atrás, de las necesidades teóricas y explicativas que requiere el conocimiento del pasado; el investigador tiene que ser hoy, claramente lo expresa, su propio filósofo ya que entre una y otra disciplina existe un abismo de por lo

---

<sup>5</sup> L. Geymonat: *Filosofía y filosofía de la ciencia*. Editorial Labor, Barcelona, s. f., p. 73.

menos cincuenta años, afirmación que indica que nos encontramos en un momento análogo al que vivieron las ciencias exactas, fundamentalmente la física, en los primeros tiempos de su más reciente transformación cuando un Einstein o un Planck tuvieron que asumir el papel, en ocasiones desgarrado, de filósofos. La suplantación de papeles a la que se refiere Braudel tiene no sólo un aspecto crítico ante la aparente pereza mental de los filósofos y su miedo al cambio sino que al destacar la necesidad de sus servicios muestra la importancia hipotética de sus juicios, es cierto, pero que sólo logrará hacerse efectiva cuando la filosofía se llene de una nueva savia, la que proviene de la temática epistemológica proveniente de las ciencias sociales, comprendida entre ellas, desde luego, la propia historiografía.

Es ya casi un artículo de fe filosófica la afirmación de una necesaria renovación de su problemática tradicional. Parece ser que cada vez le es más indispensable entroncarse no sólo con la vida moderna sino con las disciplinas que la han hecho posible. No puede olvidar, como si alguna vez lo hubiera podido, los logros reales que directamente han producido o desencadenado las ciencias. El objeto de estudio del filósofo actual es la racionalidad efectivamente realizada y especialmente tal como se muestra en el pensar científico o en el análisis lógico. Fin que no puede tildarse de meramente especulativo o de estático, ya que comprender esa racionalidad conlleva un afán de actividad, un deseo de contribuir al propio progreso del pensar científico al dotarlo de instrumentos de comprensión cada vez más rigurosos, cada vez aplicables en más amplios campos del conocimiento. Pero la renovación científica de la filosofía se encuentra dada en función de las ciencias naturales y exactas y no siempre parece proporcionar igual acogida a las ciencias sociales. Bien puede ser que cuando así suceda se logrará presentar a los historiógrafos esa marcha al unísono que están reclamando, logrando la historiografía tanto una sistematización de sus conclusiones como un refinamiento de sus pautas de conocimiento y obteniendo la filosofía un más profundo conocimiento de la realidad humana concreta por intermedio del manejo de las varias manifestaciones de una racionalidad efectiva, explicativa e histórica.

La pregunta que surge de inmediato versa sobre la posibilidad y utilidad que pueda manifestar una disciplina filosófica centrada en el conocimiento del pasado y bajo la atmósfera de la filosofía contemporánea.

La siguiente, como toda otra verdad perogrullezca, manifiesta un profundo sentido: los hechos científicos se manifiestan en un *aquí* y un *ahora* y son observados y manejados por personas concretas. Por lo tanto, ya lo sostenía Collingwood y lo repite Kuhn, son hechos históricos y lo son también las interpretaciones montadas sobre ellos, esto es, las

teorías. Esto significa que la ciencia, natural o no, existe y ha existido siempre en un contexto de historia y depende de un pensar histórico. De donde aparece como no exagerado afirmar que el principio metodológico más importante y general de cualquier ciencia sea un *historicismo*, pero no el que maneja Popper y que es mejor y más antiguamente conocido como la "filosofía substantiva de la historia", sino el que exige que todo fenómeno, por el simple hecho de serlo, sea analizado en su aparición, desarrollo y transformaciones, vinculado con otros fenómenos y condiciones de una época dada, y en relación con la experiencia concreta de la historia, que posibilita determinar no sólo las consecuencias directas de un acontecimiento conocido o un fenómeno sino también las lejanas. Dentro de las tareas de una filosofía crítica de la historia estaría como una de las primeras aplicar este amplio concepto de historicismo a la propia historiografía buscando, sin tocar temas de una sociología de la historia, aclarar la naturaleza propia de la investigación del historiador, y colocar su obra en el plano de un conocimiento completo sin negar su personalidad, sus recursos metodológicos propios y sus aspiraciones explicativas comunes.

Que la historiografía no sea una ciencia de corte experimental es un hecho que parece no requerir comprobación. El historiador Georges Lefebvre afirma que por sus procedimientos típicos de observación la disciplina que cultiva es incapaz de pretender convertirse en una ciencia como las experimentales. "Si le asignamos el nombre de 'ciencia', —indica modestamente—, es únicamente a condición de que empleemos esta palabra como equivalente a 'conocimiento', término mucho menos preciso (...) Por lo tanto es un conocimiento, pero sumamente incompleto"<sup>6</sup>. El análisis epistemológico y crítico de la historiografía como conocimiento potencialmente científico debe tener el cuidado de no cometer el desaguizado típico de la filosofía substantiva de la historia tradicional: puesto que la epistemología y teoría de la historiografía no poseen una experiencia inmediata de la realidad histórica, experiencia que tampoco posee la filosofía de ninguna de las ciencias específicas y plenamente aceptadas como tales, sino que debe necesariamente referirse a las disciplinas historiográficas para poder conocer la realidad investigada por ellas debe ser aceptada como el objeto propio de sus teorías correspondientes. La teoría gnoseológica y lógica sólo debe desarrollar la estructura concreta de su campo de análisis, los modos específicos de conocer y las peculiaridades de las proposiciones y menciones empleadas en la explicación o reconstrucción y no debe intentar, como

---

<sup>6</sup> G. Lefebvre: *El nacimiento de la historiografía moderna*. Martínez Roca, Barcelona, 1974, p. 31.

se ha hecho con frecuencia, construir y dotar a la historiografía de un objeto propio.

¿Puede el filósofo contemporáneo preguntarse sobre los problemas que plantea la historiografía y su conocimiento? Habría que distinguir, con Patrick Gardiner, entre las preguntas que se hacen *dentro* de la historia y las que se hacen *acerca* de ella. Los historiógrafos dan respuesta al primer tipo de pregunta; los filósofos al segundo. "Es notorio que existe un gran número de preguntas que pueden hacerse, y se hacen, acerca de la historia. Hay preguntas como ¿Es la historia una ciencia? ¿Cómo podemos conocer los hechos históricos? ¿Cuál es la naturaleza de las 'teorías' y las interpretaciones históricas? ¿Hay leyes históricas? Estas son preguntas que dan origen, genuinamente, a la perplejidad; y es difícil ver quién, si no es el filósofo, se encuentra en una posición que permita intentar darles respuesta. Así, pues, no importa cuán escépticos podamos ser acerca de las capacidades del filósofo en cualquier otro campo, se nos haría patente que en este caso, cuando menos, tiene trabajo que hacer"<sup>7</sup>. Aunque sólo sea destruir los castillos de naipes y los falsos lenguajes de cierta historiografía o las pretensiones de cientificidad y actitud filosófica de una pretendida "crítica".

Es posible destacar de pasada y finalmente cómo en nuestro medio se presenta cada día más necesario el abandono de los viejos cauces de la factografía histórica tradicional, laudatoria y decimonónica. Y no tan solo en lo que respecta al manejo de las técnicas propias de esta forma de conocimientos sino por el adecuado empleo de los principios epistemológicos de análisis en obras o investigaciones ya realizadas. Sin uno y otro no es posible, esa es nuestra pretensión, esperar encontrar en la obra de los historiadores una seria contribución al despertar de una conciencia histórica crítica. "Creemos que los historiadores americanos necesitan plantearse con mayor gravedad el problema del objeto y métodos de su ciencia (...) Al historiador compete reflexionar sobre los fundamentos y fines humanos de su ciencia. Sólo él puede formular nuevas hipótesis de trabajo y aplicarlas en procedimientos concretos; mientras no haga eso, todas las teorías filosóficas acerca de la historia serán vacías especulaciones"<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> P. Gardiner: *La naturaleza de la explicación histórica*. UNAM, México, 1961, p. 9.

<sup>8</sup> L. Villoro: "La tarea del historiador desde la perspectiva mexicana", *Historia mexicana*, vol. IX, Nº 3, enero-marzo de 1960, p. 339.